



PROSPERIDADES FUNESTAS.

PARECE condición ineludible del progreso humano el acrecentamiento y la prosperidad del vicio. Al caminar hacia adelante en esta carrera fatigosa, vamos cargando nuestros vicios y nuestras virtudes para llevar completo el equipaje. De manera que las sociedades progresan, pero no se mejoran; y caminan á su engrandecimiento con mengua, las más veces, de su mejoramiento moral. México, que frecuentemente no toma las cosas por lo

sério, se entrega á los regocijos de la paz, como si se hubiera sacado la lotería. Se come las aceitunas y marcha.

No encontramos todavía la mano bastante sábia que pueda dirigir la marcha de una sociedad que avanza, y puede eliminar las semillas malas del terreno fértil en que habrán de fructificar juntamente con los bienes. Progresamos, crecemos; nos multiplicamos como esos huertos invadidos por la ortiga y regados por las lluvias propicias: crecen juntos los frutos y los cardos, las aliñañas y las flores.

De este orden de cosas resultan dos clases de prosperidades, que podríamos llamar: prosperidades reales, y prosperidades funestas.

Los vicios están de enhorabuena. Son los primeros en aprovecharse de la prosperidad, como los criados de un banquete que se sirven antes que los comensales. Todos en fila desde los más inocentes hasta los más criminales, se apresuran á comer los frutos de la paz, y están en su derecho. No hay go-

bernador del Distrito ni predicador que les vaya á la mano, porque esos vicios entran por las horcas caudinas de la ley y tienen su patente y sus papeles en regla. Además, son vicios nuestros, que caminan con nosotros por donde quiera que vayamos, y no podemos ni queremos soltarlos. Nos han de acompañar hasta el sepulcro, sea cual fuere nuestro itinerario.

El vicio de fumar, por ejemplo, ha llegado, el primero, á su apogeo, á su último grado de perfección; y como este vicio implica una industria, pertenece á la categoría de esas prosperidades funestas, con que tenemos que apechugar, so pena de pasar por retrógrados.

Nosotros no lo censuramos; al contrario, nos parece la cosa más natural del mundo, y no solo la más natural, sino la más idiosincrática, el encender un cigarrito en toda ocasión solemne. ¿Quién no ha visto en campaña uno de nuestros soldados, medio muerto de fatiga, después de una de esas marchas, de esos ataques rudos y sangrien-

tos, en los que toda la energía humana, todo el valor heroico y todo el esfuerzo de que el hombre es capaz, han sido empleados con largueza, hasta un momento en que, todavía entre el fragor de la batalla y el silbar de las balas, ese soldado se detiene, descansa el arma humeante, cambia el aire de sus pulmones con estrépito, y como alivio, como panacea, como fortificante y como estímulo, defendiéndose del aire tras un maguey ó tras una cureña rota, enciende un cigarro!... La primera aspiración del humo del tabaco indemniza al soldado de la fatiga y del cansancio, y del horror de la batalla. Va en busca de un placer tan exclusivo y tan imprescindible, que él mismo cree que aquel cigarro va á darle nuevo aliento.

¿Cómo hemos de censurar nosotros este vicio que llega á ser un amuleto, ni cómo nos atreveríamos á considerarlo entre nuestras prosperidades funestas? Pero ello es, que es vicio y que prospera y eso es precisamente lo que cumple á nuestro propósito

para ponerlo por delante de lo que prospera entre nosotros.

Pues bien, lo que hace el soldado después de la batalla ¿por qué no lo ha de hacer la República Mexicana después del período de nuestras revoluciones? México está chupando su cigarro con la delicia de un viejo fumador, con la delicia con que Pepe Rodríguez y Cos fuma su puro sempiterno. Con la diferencia de que el soldado fuma solo, y no ofrece; y la República y Rodríguez y Cos ofrecen cigarro á todo el mundo.

La industria tabaquera ha encontrado su época; está en su edad más floreciente; compite ventajosamente con la de la isla de Cuba y ha llegado á elaborar los mejores cigarros y los más baratos y hasta ha aprendido á llamarles á las clases *vitolas*, como dicen en la Habana.

Hermana de esta industria tabaquera es la de los cerillos: también han ilegado á su apogeo, y el vicioso cuenta ya con una cajetilla de buenos cigarros y una cajita de excelentes cerillos por tres centavos.

El vicio de fumar, que va á la vanguardia de la prosperidad, está satisfecho.

Tras el vicio de fumar viene el vicio de beber. Niéguese me que este vicio camina en el auge de la prosperidad. ¿Y qué cosa más natural que echar un trago por la paz? Estamos en nuestro derecho de alegrarnos por que tenemos paz, y si no nos alegramos bastante con solo tenerla, ahí está el trago que tiene esa virtud: la de alegrar al prójimo.

Vayan ustedes á evitar que las gentes se alegren ó que dejen de ser sinónimos alegría y embriaguez. Estas sanas razones traen al vicio de beber en la primera fila de las prosperidades nuestras.

Por orden riguroso, viene detrás el vicio de jugar, próspero también y floreciente con sus otros dos vicios de fumar y beber, como primos hermanos, florecientes también; y vaya usted á separarlos ó á probar que no está cada vicio en su lugar y en su hora. Estos son los momentos de jugar y de beber fumando. ¿De qué se trata? De

estar contentos, muy contentos con la paz; más aún, de celebrar la paz; y todo el mundo sabe, desde las Olimpiadas, que todos los grandes sucesos de la historia se celebran con juegos públicos. Hé aquí justificada la preponderancia de esos tres vicios tan necesarios y de tanta oportunidad.

Estos vicios derraman sus bienes no sólo sobre los cantineros, pulqueros y tabaqueros, sinó que extienden su influencia en otras órbitas; quiere decir, protejen generosamente el vicio de empeñar y de pedir prestado, y como cada cual puede hacer de su capa un sayo, no podemos meternos con esas gentes á quienes no alcanza lo que tienen, y para que les alcance han inventado regalar una parte de su haber al agio.

Este vicio, hijo de nuestra educación, está también en el auge de su preponderancia; y así debe ser. ¿Qué sucedería si todos nos volviésemos de repente honrados, juiciosos y económicos? ¿Qué comerían esos empeñeros y esos agiotistas que tal vez no han aprendido á hacer otra cosa en

toda su vida? ¡Pobres gentes, se morirían de hambre!

Hasta aquí todos esos vicios marchan de mancomún en la más completa prosperidad y van todos juntos á dar con otro vicio: con el vicio del amor. ¿Cómo no habíamos de venir á parar en esto?

Tampoco esta prosperidad puede pasar desapercibida, ¡imposible! ¡con tanto raso y tanto simón en las calles de Plateros! ¡Con ese suplemento ibero importado *ad hoc* para festejar la paz!

Y no es ésta la última de las prosperidades. El hospital de San Juan de Dios también prospera, hay una concurrencia *escogida*: pasa de 560 mujeres que han prosperado.

Inmediatamente después de estos vicios y de estas prosperidades viene el vicio de curarse, y la prosperidad del comercio de drogas. Esta prosperidad es elocuente, porque es la consecuencia de las otras y de la insalubridad. Y para que veamos como en un orden riguroso, unas prosperidades empujan

á las otras, como las olas, la última de las prosperidades nuestras, es la agencia de inhumaciones.

Antes se moría la gente y alquilaba un carro fúnebre, de cuatro que había en las carrocerías de Vanegas y los Rebeldes, y la cosa pasaba desapercibida. Hoy se hace ese negocio por contrata para que no haya picos. Hay un tal Gayoso que ha salido una notabilidad en esto de enterrar al prójimo: todo se hace en un santiamen, á precios de tarifa y en ferrocarril, para largarse á prisa. ¿A dónde habían de venir á parar todas las otras prosperidades sinó á una compañía de muerteros?

En la línea que hemos recorrido, desde el cigarro hasta Gayoso, todo marcha á las mil maravillas, atestiguando nuestro adelanto y nuestra prosperidad.

Dos conocidos nuestros encienden en este momento su cigarro en la cantina del Globo, delante de dos copas de ajeno.

Antes eran buenos mozos, apuestos, y no carecían de elegancia. Con la palabra pas-

tosa y entrecortada se dirigen frases incoherentes y por largo rato no se entienden.

—Estás perdido, dice uno al otro, poniéndole la mano en el hombro.

—¿De qué? ¿Porqué me dices eso tú? mira que ojos tienes. Estás desvelado.

—Ya sabes..... Pero lo que yo digo es que estás perdido, lo que se llama perdido, ¿no sabes lo que es estar perdido?

—Ya se vé..... estar perdido es estar contigo, estar en tu amable compañía; mira si lo comprendo, ¿ó crees que ya estoy *trompeto?* ya sabes que á mí no se me sube.

—Ni á mí tampoco.

Esto es lo que creen todos los borrachos.

Los dos amigos se separaron al medio día con la imaginación llena de coches del sitio, llena de beldades provocativas, porque no han visto otra cosa en las calles de Plateros. Llegan á sus respectivas casas á exhibirse en tal condición antes sus hijos. La pobre esposa contempla por la milésima vez aquel estrago, y procura aparecer indiferente y

estudia en todas sus maneras una naturalidad muy difícil de sostenerse. El más grande de los niños fija una mirada pensativa en su padre, y lo observa con disimulo en sus menores movimientos. Cuando la mamá no tiene la palabra, reina un silencio embarazoso en la mesa.

—No tomas la sopa? pregunta á su marido.

—La sopa.... pero estoy buscando la sal? ¡por qué no me ponen aquí la sal! ya he dicho que se ponga la sal.... A ver! agrega levantando la voz ¡que pongan la sal! ya he buscado la sal por todas partes!....

Un niño se ríe.

—¡Ah, que papá! dice una niña, si tienes el salero en la mano!....

—El salero.... dice el borracho viéndolo. Tiene razón esta muchachita; yo tengo la sal en la mano, en la mano izquierda.

—Ya lo ves por qué no es bueno tomar las cosas con la mano izquierda? dice la mamá á la niña que hizo la observación.

—Yo siempre tomo el salero con la mano derecha, contesta la niña.

—Ese es un reproche. Estoy lucido con que enseñes á mis hijos á reprocharme. Qué buen ejemplo!

—Lo hacía precisamente, replicó la mamá para que los niños no....

—Para que los niños vean que su padre toma el salero con la mano izquierda; y si lo tomé fué distracción, y una distracción.... pues.... una distracción no es una regla: está claro. Sinó que....

—Se enfría la sopa.

—La sopa está desabrida; tú estás desabrida, mis hijos están desabridos. ¡A ver la sal!

Los niños contemplan con cierto asombro á su papá.

—Mira, le pondré una poquita de sal á tu sopa, dice la mamá, efectivamente le falta sal.

—No le pongas, no le pongas, mamá! esta muy salada! grita la niña.

—Cállate, niña! así le gusta á tu papá.

—A mí me gusta mucho la sal! á ver la sal!....

Vuelve á reinar el silencio. Todos han concluído la sopa menos el papá que engulle con mano vacilante grandes cucharadas.

La criada traía lo que sigue y dirigió al amo una mirada que no hubiera tenido significación si no hubiera dirigido otra mirada al ama. Esas dos miradas formaron en silencio un paréntesis que encerraba una humillación que hirió á la esposa.

—A ver el pulque, dijo el marido, ¿no se toma hoy pulque? ¡yo no veo pulque en la mesa! Mira, tú, como te llames, trae el pulque!

Salió la criada y volvió á reinar el silencio.

En esa clase de pausas revoloteaban sobre aquella mesa, como los buitres que olfatean un cadáver, negros pensamientos. Los niños grandes los formulaban á su manera; pero la pobre madre los palpaba en toda su espantosa trascendencia, sin poderlos endulzar siquiera con una lágrima.

Esta es solo una miniatura de uno de los miles de cuadros que se reproducen en nuestra sociedad al influjo de una de nuestras *prosperidades funestas*.

